



In this excerpt from the Encyclical Letter *Ecclesia de Eucharistia* of St. John Paul II, dear brothers and sisters, we will mediate upon two questions: how the Church has her origin in the Eucharist and therefore, how we wouldn't exist as the Church – this is one of the reasons why we say “we cannot live without the Eucharist” – and how our strength to evangelize stems from the Eucharist. Enjoy the reading!

The Second Vatican Council teaches that the celebration of the Eucharist is at the Centre of the process of the Church's growth. After stating that “the Church, as the Kingdom of Christ already present in mystery, grows visibly in the world through the power of God”, then, as if in answer to the question: “How does the Church grow?”, the Council adds: “as often as the sacrifice of the Cross by which 'Christ our Pasch is sacrificed' (*1 Cor 5:7*) is celebrated on the altar, the work of our redemption is carried out. At the same time in the sacrament of the Eucharistic bread, the unity of the faithful, who form one body in Christ (cf. *1 Cor 10:17*), is both expressed and brought about”.

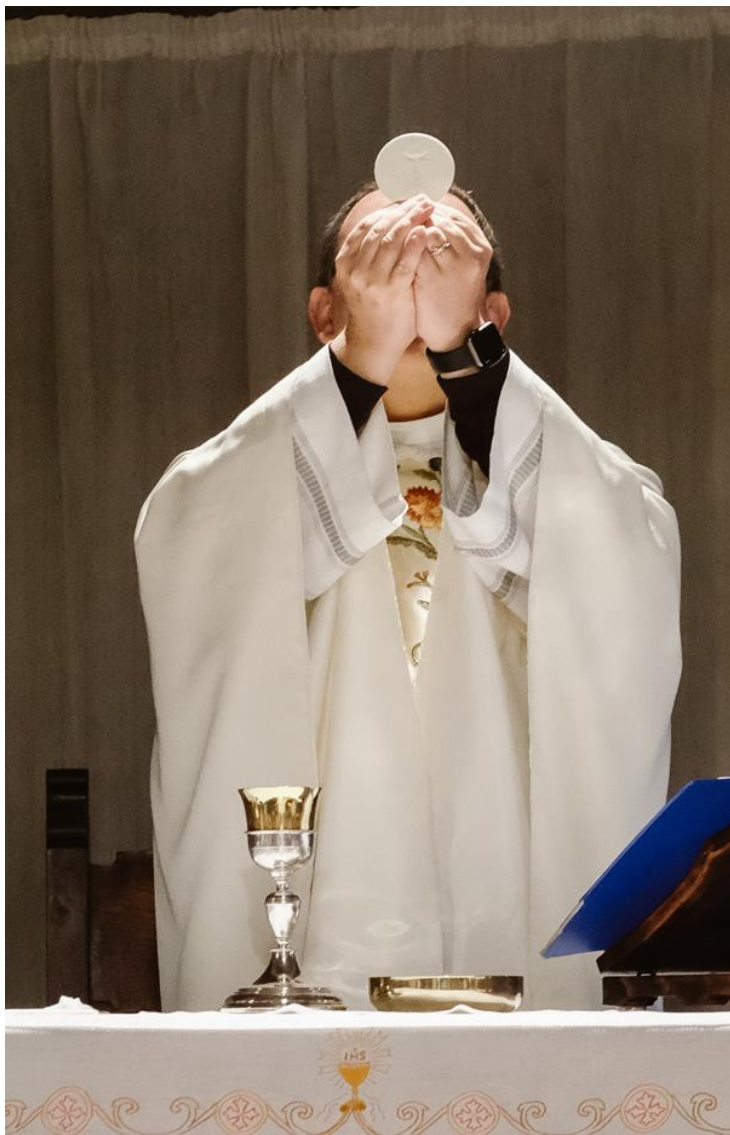
*A causal influence of the Eucharist* is present at the Church's very origins. The Evangelists specify that it was the Twelve, the Apostles, who gathered with Jesus at the Last Supper (cf. *Mt 26:20; Mk 14:17; Lk 22:14*). This is a detail of notable importance, for the Apostles “were both the seeds of the new Israel and the beginning of the sacred hierarchy”. By offering them his body and his blood as food, Christ mysteriously involved them in the sacrifice which would be completed later on Calvary. By analogy with the Covenant of Mount Sinai, sealed by sacrifice and the sprinkling of blood, the actions and words of Jesus at the Last Supper laid the

foundations of the new messianic community, the People of the New Covenant.

The Apostles, by accepting in the Upper Room Jesus' invitation: “Take, eat”, “Drink of it, all of you” (*Mt 26:26-27*), entered for the first time into sacramental communion with him. From that time forward, until the end of the age, the Church is built up through sacramental communion with the Son of God who was sacrificed for our sake: “Do this in remembrance of me... Do this, as often as you drink it, in remembrance of me” (*1 Cor 11:24-25*; cf. *Lk 22:19*).

Incorporation into Christ, which is brought about by Baptism, is constantly renewed and consolidated by sharing in the Eucharistic Sacrifice, especially by that full sharing which takes place in sacramental communion. We can say not only that *each of us receives Christ*, but also that *Christ receives each of us*. He enters into friendship with us: “You are my friends” (*Jn 15:14*). Indeed, it is because of him that we have life: “He who eats me will live because of me” (*Jn 6:57*). Eucharistic communion brings about in a sublime way the mutual “abiding” of Christ and each of his followers: “Abide in me, and I in you” (*Jn 15:4*).

By its union with Christ, the People of the New Covenant, far from closing in upon itself, becomes a “sacrament” for humanity, a sign and instrument of the salvation achieved by Christ, the light of the world and the salt of the earth (cf. *Mt 5:13-16*), for the redemption of all. The Church's mission stands in continuity with the mission of Christ: “As the Father has sent me, even so I send you” (*Jn 20:21*). From the perpetuation of the sacrifice of the Cross and her communion with the body and blood of Christ in the Eucharist, the Church draws the spiritual power needed to carry out her mission. The Eucharist thus appears as both *the source* and *the summit* of all evangelization, since its goal is the communion of mankind with Christ and in him with the Father and the Holy Spirit.



En este fragmento de la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* de San Juan Pablo II, queridos hermanos y hermanas, meditaremos sobre dos cuestiones: cómo la Iglesia tiene su origen en la Eucaristía y, por tanto, cómo no existiríamos como Iglesia -ésta es una de las razones por las que decimos que "no podemos vivir sin la Eucaristía"- y cómo nuestra fuerza para evangelizar brota de la Eucaristía. ¡Disfruten de la lectura!

El Concilio Vaticano II ha recordado que la celebración eucarística es el centro del proceso de crecimiento de la Iglesia. En efecto, después de haber dicho que «la Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio, crece visiblemente en el mundo por el poder de Dios», como queriendo responder a la pregunta: ¿Cómo crece?, añade: «Cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado (1 Co 5, 7), se realiza la obra de nuestra redención. El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un sólo cuerpo en Cristo (cf. 1 Co 10, 17)».

Hay un *influjo causal de la Eucaristía* en los orígenes mismos de la Iglesia. Los evangelistas precisan que fueron los Doce, los Apóstoles, quienes se reunieron con Jesús en la Última Cena (cf. Mt 26, 20; Mc 14, 17; Lc 22, 14). Es un detalle de notable importancia, porque los Apóstoles «fueron la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la jerarquía sagrada». Al ofrecerles como alimento su cuerpo y su sangre, Cristo los implicó misteriosamente en el sacrificio que habría de consumarse pocas horas después en el Calvario. Análogamente a la alianza del Sinaí, sellada con el sacrificio y la aspersión con la sangre, los gestos y las

palabras de Jesús en la Última Cena fundaron la nueva comunidad mesiánica, el Pueblo de la nueva Alianza.

Los Apóstoles, aceptando la invitación de Jesús en el Cenáculo: «Tomad, comed... Bebed de ella todos...» (Mt 26, 26.27), entraron por vez primera en comunión sacramental con Él. Desde aquel momento, y hasta al final de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros: «Haced esto en recuerdo mío... Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío» (1 Co 11, 24-25; cf. Lc 22, 19).

La incorporación a Cristo, que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el Sacrificio eucarístico, sobre todo cuando ésta es plena mediante la comunión sacramental. Podemos decir que no solamente *cada uno de nosotros recibe a Cristo*, sino que también *Cristo nos recibe a cada uno de nosotros*. Él estrecha su amistad con nosotros: «Vosotros sois mis amigos» (Jn 15, 14). Más aún, nosotros vivimos gracias a Él: «el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57). En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo «estén» el uno en el otro: «Permaneced en mí, como yo en vosotros» (Jn 15, 4).

Al unirse a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el Pueblo de la nueva Alianza se convierte en «sacramento» para la humanidad, signo e instrumento de la salvación, en obra de Cristo, en luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5, 13-16), para la redención de todos. La misión de la Iglesia continúa la de Cristo: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20, 21). Por tanto, la Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la *fuentes* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo.

